

III

HISTORIAS Y LEYENDAS

por

ARNALDO DE ESPAÑA

Secretario general de la Real Sociedad Española
de Alpinismo, «Peñalara».

Dado el aspecto impresionante y grandioso de la Pedrizo de Manzanares el Real, nada tiene de extraño que la popular fantasía, siempre en activo, prolífica y certera, colgara en estos parajes lo más florido de sus ocurrencias fantásticas, aderezando un poco las historias auténticas e inventándolas por completo allí donde no existían. El lugar es propicio, y sin reservas las sugiere hasta en las mentes menos impresionables, pues a ello se presta lo intrincado de sus múltiples rincones, tenebrosos y sugestivos a la vez, donde se encuentran configuraciones caprichosas y casuales tan perfectamente determinadas, que parecen en verdad restos de algún cataclismo habido en un museo de esculturas.

Los riscos de la Bota, las Damas, la Mitra, el Elefante, las Milaneras, el Pájaro, el Dante, la Silla, las Tres Gracias, Canto Redondo, el del Ofertorio, el Cañón, la Cabeza, la Momia, Quebrantaherraduras, Corredor del Miedo, el Yelmo o Diezmo, los Pinganillos, la Torre, Arroyo del Cuervo... y así hasta completar la nomenclatura de los picos y sitios más curiosos, son nombres elocuentes y adecuados que por sí solos indican, además de la forma afectada por la piedra que designan, la historia del lugar a que se refieren, llevando anejos, verdad o ficción, recuerdos de alguna tragedia personal o colec-

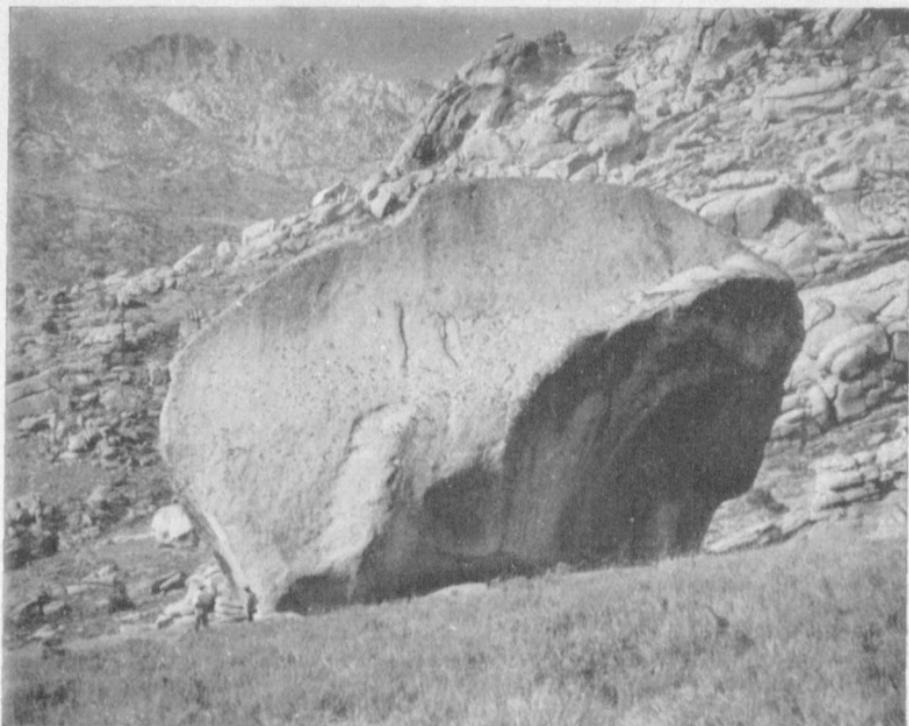
tiva. También suelen ser con frecuencia simples sugerencias ideales que tienden a justificar aquella configuración que señalan.

Difícil es, por lo tanto, separar lo real de lo inventado, ya que las tradiciones, al correr de boca en boca, sufren aditamentos de detalles que las complementan o desfiguran; pero de todos modos constituyen, en fin, un pintoresco conjunto de fábulas entretenidas. La mayoría se basan en motivos de gran vulgaridad, careciendo por ello de interés; mas hay algunas, sin embargo, como la de la Cueva de la Mora, en las proximidades del Refugio Giner, de la Real Sociedad Española de Alpinismo, «Peñalara», y emplazada frente a su fachada principal, colgada materialmente a considerable altura en medio de lisa pared, que es de las que más carácter tienen dentro del tema conocido por común a todas las serranías, y que casi se deduce de lo explícito de su denominación: una historia de amores desgraciados entre una belleza mahometana y un caballero cruzado.

Se cuenta que... la hija más bonita de un árabe ricachón prendóse fatalmente de un gallardo doncel cristiano, que, dolido por los inconvenientes que hacían imposible su pasión, marchóse desesperado a luchar contra las legiones del Profeta. Secuestrada por sus familiares, la joven infiel sucumbió prisionera en el pequeño recinto, al que transmitió su nombre en memoria del episodio, y como roto el idilio, el caballero no volviera, ignorándose si desistió de la dama o pereció con su nave allá en los mares de Oriente, ella, la mora, constante a las promesas juradas tantas veces ante el ara de la propia Naturaleza, en pleno escenario apoteósico del circo de las Pedrizas, vaga en espíritu por los canchales durante determinadas fechas del año, precisamente aquellas en que supuso volvería el galán de sus amores, y que penando por su regreso, que aguarda todavía, tiene la esperanza de poner fin a sus grandes ansias de espera que la muerte prematura no pudo acallar.

El que visite esta cueva, de fácil encuentro, pero de difi-

cultosa escalada, comprenderá lo imposible de trasladar a lugar tan expuesto, verdadero nido de aguiluchos, a personas delicadas, como lo sería la joven mahometana, no yendo ata-



(Fot. F. Hernández-Pacheco.)

El canto del Tolmo; monumento natural al filósofo y pedagogo D. Francisco Giner de los Ríos.

viados como para las trepadas se requiere, indumentaria no en boga, de fijo, en aquellos tiempos de quimera.

De menos galas sugestivas, con el tinte crudo de la verdad plagada, además, de crímenes y tragedias, existen historias reales escritas por los bandidos a su paso por estas montañas, allá en siglos pretéritos, dentro de la era contemporánea actual, por lo que con todo detalle podemos señalar algunas. Recopiladas están en obras editoriales, y entre los mentores que nos las legaron con sus sintéticos relatos verbales, se en-

cuentran los pastores pedriceros, centenario alguno y hasta personaje principal de los sucesos registrados.

El lobero de Miraflores, Antonio Robledo, apodado «el Francachela», y que había dado muerte a 219 ejemplares, contaba historietas de esta fauna, entre las que resultaba de sumo interés la de la loba «Saltarina», que tanto revolucionó las huestes pastoriles de la Pedriza.

El cabrero Bautista Montalvo, del pueblo de Matalpino, al pie de la Cuerda de la Maliciosa, relataba escenas en las que, por su desgracia, resultó parte muy interesada. A poco de robar el bandido Pablo Santos al hijo único de doña Braulia del Valle, habitante en el Boalo, y devuelto contra rescate crecido, sus secuaces quitaron al pastor que narra su magnífica escopeta, objeto de algún valor que llevaba encima. Reciente aún esta expoliación, hicieron lo propio con un tabardo que estrenaba, de fuerte paño de Riaza. La posesión de esta prenda motivó disensiones, y uno de los codiciosos, llamado Isidro el de Torrelodones, mató de un trabucazo a su jefe Santos, que cayó junto a la cerca de los Huertos, cuyas ruinas se ven todavía al pie de la vertiente meridional de la Cuerda del Hilo de los Porrones. De este malhechor se encuentran descendientes regenerados en algún pueblo de la sierra.

La Ermita de la Sacra, frente a las dehesas de entrada a la Pedriza; la Peña de los Gangas, con su trilogía de cruces que así lo recuerda, situada cerca de la garganta del río Manzanares, y el conocido Cancho del Campo Santo o de los Muertos, primera eminencia de la Cuerda de las Milaneras, a 1.292 metros de altitud, son pruebas patentes de las fechorías de estos pobladores, hace tiempo descastados, siendo esta última la de mayor emoción y detalle que se conoce, cuya es esta historia verídica.

La partida acampada en aquellas cercanías tenía por capitana involuntaria a una señorita de pudiente familia madrileña que había secuestrado, y que el jefe reservó para sí, creyendo ganar algún día su inclinación. Una vez en que tuvo

que salir de los canchales, abandonando el campamento, confió el cuidado de la dama a dos de sus subalternos que mayor



(Fot. J. Tinoco.)

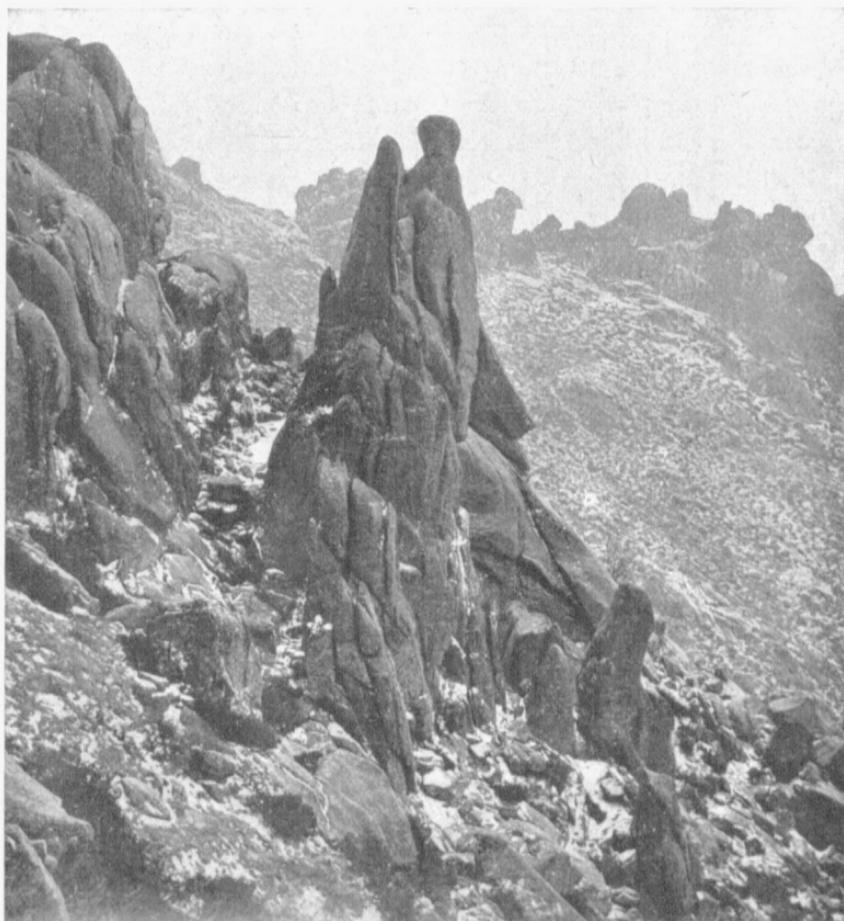
Muro granítico del callejón de las Abejas, en la Pedriz del Manzanares.

confianza le inspiraban; mas como no siempre la merecen aquellos en quienes se deposita, los designados pensaron aprovechar la ocasión y abusar de la detenida. Emplearon el siste-

ma del sorteo para saber cuál sería el agraciado, y, puntualizado por el azar este extremo importante, dispusieron a la cobardía. La infeliz muchacha, aun sin saber cuanto contra ella se tramaba, comenzó a pedir auxilio cuando vió aproximarse al forajido, de inquietante aspecto, acudiendo en su ayuda el otro guardador, que, despechado, luchó con su camarada, consiguiendo darle muerte. Cuando el jefe regresó y enteróse del suceso, sancionó el castigo del que ya no existía, obligando a su matador a llevarle al Cancho de referencia, desde donde fué despeñado. Pedido consejo al resto de la banda para penalidad del matador, fué condenado por unanimidad a la misma suerte que su compañero, por lo que el jefe, ante el fallo general, que coincidía con su deseo, dió un empujón al delincuente, tirándole por la misma barranca donde cayera el anterior. Bien por instinto de conservación o por venganza, agarróse el sentenciado a una pierna del que le empujaba cuando, perdido el equilibrio, caía, y ambos sufrieron así la pena que sólo para uno se había decretado. Los tres cadáveres formaron montón en el fondo del abismo, y, al decir de las gentes, aún se ven en el propio lugar a que cayeron. La banda dispersóse al verse así destruída, y la dama origen inconsciente del suceso vagó por aquellos vericuetos complicados de la Pedriza sin acertar a escapar de ellos, hasta que un pastor llamado el Mierlo la encontró, y, enterado de su triste odisea, transportóla a Madrid, reintegrándola a su familia, que ya la suponía muerta. El buen proceder fué recompensado con cantidades, dones y promesas, que rehusó el pastor, prefiriendo volver a sus breñas y ganados, muriendo a su vez violentamente en un lugar próximo al collado de Val de Halcones.

Otra versión, dualidad que nunca falta en estos casos, asegura que la muchacha también fué despeñada por el mismo sitio, y que sus huesos causaban horror por haber quedado de pie y conservar las vestiduras, que le daban atroz aspecto. Alguien, más decidido que la generalidad, aventuróse a llegar

al macabro rincón, y, registrando las ropas, encontró buena cantidad de monedas de oro, que dió origen a una fortuna de



(Fot. J. Tinoco.)

Risco de las Damas, en la Pedriz del Manzanares.

importancia, cuyo actual poseedor se señala como cierto en el pueblo de Colmenar.

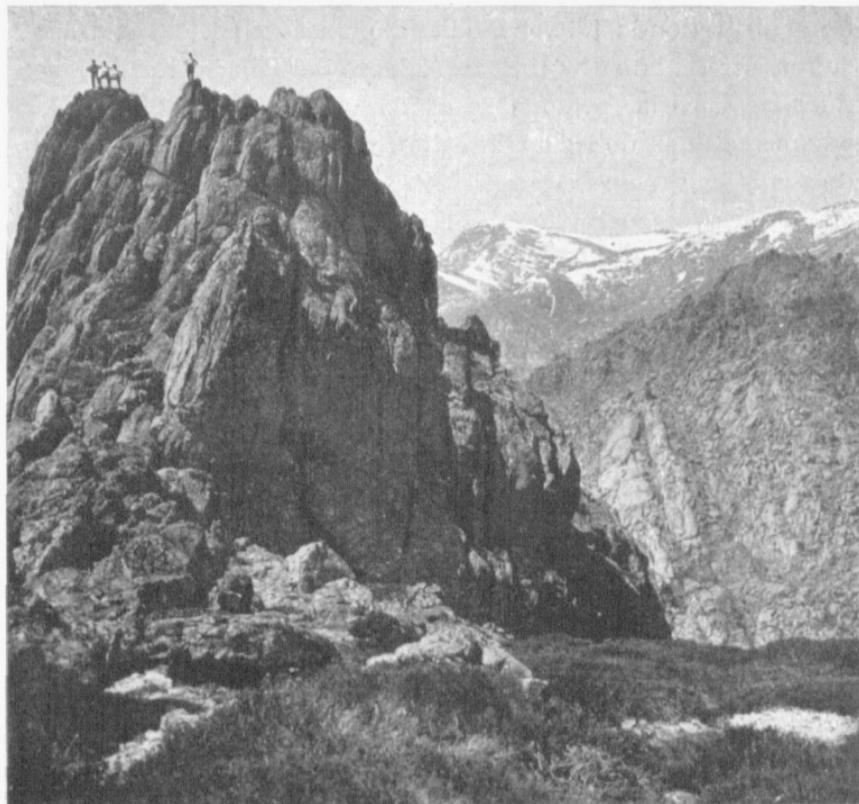
La última narración conocida de estos bandoleros, y de la que más detalles tengo por haberlos recogido personalmente

de labios de los descendientes de los personajes en cuestión, es la siguiente ¹:

Dominaba en la Pedriza la banda de Francisco Villena, llamado Paco el Sastre, cómplice de Luis Candelas y de su misma partida, recién fugado de las prisiones del Saladero, de Madrid, donde tal vez meditara planes de acción para los suyos. Era el año 1839. El Intendente del Palacio Real, Marqués de Gaviria, persona reputada y conocida, poseedora, además, de una de las mayores fortunas de Madrid, tenía dos de sus hijos varones, Manuel y Paco, de doce y diez años de edad, en las Escuelas Pías de San Antón, de la calle de Hortaleza. Alguna vez iban a recogerlos para llevarlos a una finca existente en Valdemoro, propiedad de sus abuelos, por lo que nada extrañó que un día, 27 de abril del año antes dicho, parase a la puerta del Colegio un coche de camino, como era costumbre, y que, previas las formalidades de rigor con el hermano encargado de la portería, y autorizados por el rector, a quien se presentó una carta apócrifa de orden, salieran confiados los hijos del Intendente creyendo ir a ver a su padre, enfermo de imprevista gravedad. Con la precipitación del momento y los manejos del lacayo, falso sustituto del criado Luis, harto conocido de los niños, éstos no tuvieron tiempo de recapacitar sobre el caso; así que, sin resistencia ni dificultad, fueron apresuradamente empaquetados en el coche, que partió velozmente cascabeleando las colleras de sus cuatro mulas de tiro. De forma tan sencilla arrancóse de su residencia a los dos pequeñuelos, por los que había de pedirse después pingüe rescate. El rector, asomado a una ventana, presenciaba la marcha de sus aristocráticos discípulos, y cuál no sería su sorpresa al ver tomar al coche dirección de afueras de la capital, contraria a la debida, coche que, además, no era el que llevaba en sus portezuelas las armas de la Casa, sino un vulgar carruaje de alquiler con caja pintada de verde y

¹ Datos facilitados por la Condesa de Buena Esperanza, madre del actual Marqués de Gaviria y sobrina carnal de los secuestrados.

juego de ruedas rojo con franjas doradas. Inmediatamente desplazó un demandadero al domicilio del Marqués, que preguntó prudentemente «cómo se encontraba el señor», recibiendo el recado el propio interesado, que, vestido de gran



(Fot. J. Tinoco.)

Risco de los Gavilanes, en la Pedriza del Manzanares.

uniforme, se dirigía a Palacio. Así quedó comprobado el robo de los niños, que nadie se explicaba, y para su ratificación no tardó en recibirse, por medio del pastor Manuel Perea, una carta de puño y letra de uno de los secuestrados, en la que rogaba la entrega de 300 onzas de oro que querían los bandidos por ponerlos en libertad. La policía y tropas nacionales

pusieronse en actividad, averiguando por los empleados del resguardo que el coche salió de Madrid por la puerta de Santa Bárbara, camino del pueblo de Hortaleza, y por un cabrero que facilitóles víveres, y que adujo noticias acertadas, se supo, en fin, que, llegados al poblado dicho, despidieron el coche, pagando sesenta reales por el servicio; que cada niño fué montado en un caballo, negro y blanco, respectivamente, a la grupa con sus raptos, y que atravesando la serrota de San Pedro se internaron en la Pedriza, donde tenían su guarida. Hacia esa parte de la sierra se encaminaron, pues, los perseguidores, quienes, estrechando el círculo con eficaz estrategia, hicieron huir a los bandoleros, siendo así recuperados los niños por el encargado de la fábrica de papel de Manzanares, que iba al frente de diez hombres del regimiento de la Reina Gobernadora, secundada su acción envolvente por tropas de Caballería y de ligeros, policías y milicianos. A los pocos días, y por casualidad, fueron detenidos en un establecimiento de Madrid algunos de los culpables y el jefe Villena, que, castigado por sus muchos delitos, no por éste, en el que no se le pudo demostrar responsabilidad, fué ejecutado el 20 de julio del mismo año.

Como el delito trascendió a todas las clases sociales, dada la categoría y popularidad de los interesados, así como por la índole del suceso, que interesó a todas las familias, organizaronse manifestaciones para recibir a los libertados, que en lucida comitiva de público y escolta, dirigieronse desde las afueras de la corte a su casa de la calle Mayor, número 16, en cuyos balcones tuvieron que comparecer, requeridos por la multitud, que les hizo objeto de una ovación delirante. Los pequeños contaron curiosos pormenores, y por ellos se supo que estuvieron escondidos bajo el Canto del Tolmo, piedra monumental arrastrada por su peso hasta el barranco de la Dehesilla, donde había un campamento; que los habían tratado con toda consideración, forzándoles a comer y beber para que no se desmejorasen; que habían llegado a tomar afecto a

uno de sus guardianes; que cuando les dictaron la carta pidiendo el rescate, creyendo favorecer a su padre, rebajaron con toda inocencia un cero de las 3.000 onzas que pedían, resultando así sólo las 300 que habían consignado, y que cuando los soldados cercaron la guarida les cobijaron en un canchal, recomendándoles no asomarse hasta el final de lo que sucediera, creyendo darían una batalla; pero como por miedo a herir a los pequeños, los perseguidores no dispararon, estrechando cada vez más el círculo, los bandidos huyeron al fin, abandonando su presa. Entonces salieron corriendo los niños y se unieron a las tropas, recobrando así su libertad sin pago de cantidad alguna.

De este modo terminaron las hazañas de todos los bandidos de la comarca en la excelsa Pedrizo del Manzanares, rincón tenebroso de la serranía madrileña por la magnitud de sus acantilados e ingentes agujas, que, sin embargo, al ser doradas por el sol, especialmente el crepuscular, de congestionados matices, agudizan el color rosado de sus faldespacios, determinando una grandiosa y magnífica visión plena de belleza y paz.